

Letras
Mecánica de los tropos

Laura Reinking

Enrique González Rojo ha dicho que deletrea el infinito, que lo toma por los cuernos y lo convierte en su tema. No sólo habla de él sino lo encarna, lo convierte en acción. "**Practicar el infinito** se me vuelve el programa de toda mi actividad literaria presente y futura".

Y Enrique es, fundamentalmente, innovador. Su búsqueda de nuevos contenidos y formas se nota en su amplia y diversa obra, que incluye fundamentalmente el ensayo (sobre todo de teoría política) y la poesía. En ésta última —y a la que el autor mismo ha llamado violenta, ríspida, encolerizada— destaca el ingenio, la vitalidad y una gran familiaridad con las palabras.

—Enrique, háblame de la evolución de tu literatura. El Diccionario Mexicano de Escritores (1967) dice que tus inclinaciones te han llevado más a la filosofía que a la poesía, en la que se resiente más el andamiaje teórico que la realización poética. Entonces habías escrito 3 libros de poesía. Ahora que eres autor de 10, ¿hay más "calor y sentimiento" en tu poesía?

—Salí en busca de mi voz con una poesía que sentía balbuceante, y que no se encontraba en esos escritos. Mi prehistoria poética abarca varios textos y acaba con el libro **Para deletrear el infinito** (1972). A pesar de que no es una obra cuajada, identifico allí a mi voz.

—Tus inquietudes te han llevado por muy diversos campos. ¿Cuál es tu actividad favorita?

—Yo en alguna ocasión he dicho que tengo cuatro amores: la poesía, la filosofía, el magisterio y la política. No van necesariamente en ese orden..., a las cuatro las barajo de diferente manera.

—Y siendo la política una de tus preocupaciones fundamentales, ¿cuánto ha influido en tu poesía?

—Mi poesía siempre es política, pero en el sentido amplio del término: hace suyo todo lo que ocurre en la polis. Con frecuencia también es política en sentido restringido (cuando hablo de la lucha de clases, etc.), pero del '72 —cuando se inicia mi carrera política— al '83 se han modificado en aspectos sustanciales mis puntos de vista políticos.

Por ejemplo, en **Para deletrear...** se deja sentir una posición marxista ortodoxa, aunque su carácter ortodoxo vaya disminuyendo en los dos siguientes libros (**El antiguo relato del principio** (1974) y **El quintuple balar de mis sentidos**). Ya en mis últimos escritos tengo una posición muy crítica y autocrítica en el sentido que el marxismo debe luchar contra todo lo dogmático.

-Pero ¿de qué marxismo hablas?

—No del marxismo doctrinario sino del marxismo abierto, que tiene que dialogar con otras teorías —como la psicoanalítica, con el feminismo, con la ecología, con Wever, con el anarquismo, etc.— para que se fecunde.

Esta última concepción que tengo de la política aparece en los poemas de mis últimos libros. En ellos no hablo sólo del hambre, de la explotación, de las huelgas... Mis temas son ahora la enajenación, la pareja, la renovación sexual familiar, la división entre el trabajo manual y el intelectual, entre otros.

—Paradójicamente eres uno de los poetas más conocidos pero menos reconocidos. Aunque no parezcas ser "autor de éxito", te encuentras frecuentemente en el tinglado. Pocos poetas han dado tantos recitales como tú.

—Mi abuelo (Enrique González Martínez) y mi padre (Enrique González Rojo) estuvieron muy bien ubicados dentro de grupos de poder literario. Puede decirse que mi abuelo fue, durante años, el Octavio Paz de su época. Y mi padre iba derecho a una posición de privilegio, pues también estaba vinculado con un grupo poderoso literariamente.

Yo no he seguido su camino en lo que a política literaria se refiere. Desde muy joven tuve la irreverencia de criticar a las mafias literarias, y éstas tienen una memoria de elefante. Y no he estado en contra de unas para apoyar a otras, ni para hacer una mafia nueva, como alguien ha sugerido. Por ello no hay una buena acogida a nada de lo que escribo por parte de ninguna de estas mafias: el silencio y el ninguneo son sus armas.

—Entonces, ¿cómo es tu relación con los lectores?

—Ya que no tengo acceso ni a los suplementos ni a las editoriales en general, o a las tertulias y reuniones de poetas, mi salida (que además ha sido muy espontánea) ha sido el contacto directo con el público. Como dijiste, he dado infinidad de recitales.

—¿Y cómo ves a la joven generación de poetas?

—Se ha vuelto a los temas tradicionales (amorosos, románticos, líricos), y en muchos ha surgido una preocupación formal. Sólo alguno que otro escribe poesía de la onda y se escribe poco también la poesía política directa. Aunque se escriba mucha poesía (debido tal vez a los muchos talleres literarios, tengo la impresión de que va a haber una depuración en la que quedará un número reducido de poetas.

—Por último, ¿cómo haces tus imágenes y metáforas?

—Desde joven me interesó el que no solamente son racionalizables los aspectos externos de la forma (métrica rima, etc.) sino, hasta cierto punto, los aspectos internos del contenido poético.

Creo en la posibilidad de una lógica poética que, desde luego, no agota el contenido de la poesía pero ayuda a incursionar en la mecánica de los tropos. Empecé a investigar algunos procedimientos que aparecen habitualmente en las imágenes y metáforas, lo que me ayudó a entrar a un complejísimo mundo de construcción lírica inagotable. Es

decir, la lógica de las metáforas me sirvió para entrar al mundo de la imaginación. No quiero que esto se tome como receta... es tan sólo una llave de la que yo me serví.

—Por último, ¿cuál crees que sea el papel del poeta en el mundo?

—En lo que a mí se refiere, soy un escritor comprometido políticamente. Mi compromiso fundamental es coadyuvar, con todas mis fuerzas físicas e intelectuales, a que algún día la clase obrera llegue al poder.

—Y como final agrega:”Caramba, la entrevista terminó de forma muy romántica...”

“Punto” 27 de junio de 1983.